

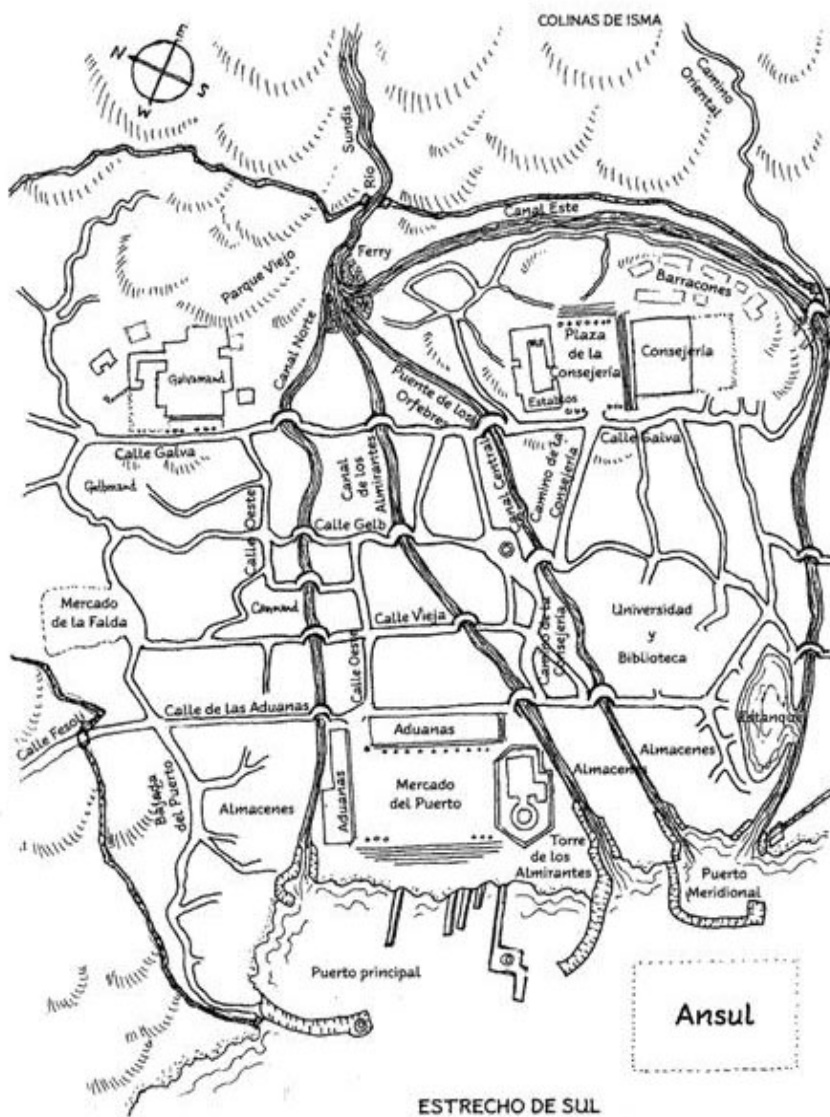
ANALES DE LA COSTA OCCIDENTAL III

# URSULA K. LE GUIN

*Poderes*

Gavir tiene un don, puede «recordar» el futuro, pero es incapaz de controlar su inexplicable habilidad. Aconsejado por su hermana mayor, Gavir mantiene su poder en secreto. Los dos hermanos son esclavos de la familia Arca y, a pesar de la esclavitud, sus vidas transcurren sin sobresaltos. Hasta que la tragedia se cierne sobre ellos y Gavir debe huir del único hogar que ha conocido. Así se ve inmerso en un peligroso viaje que lo lleva hasta Los Pantanos, el lugar donde lo secuestraron cuando era un niño. Allí conocerá sus orígenes y encontrará una explicación para sus extraños poderes.

Poderes, el tercer volumen de los Anales de la Costa Occidental, es una historia épica acerca de la lucha por la libertad y la búsqueda del propio destino.



# Primera Parte

## 1

—**N**o hables de ello —me dice Sallo.  
—¿Y si sucede, como aquella vez que vi la nieve?

—Por eso no hay que hablar de ello.

Mi hermana me rodea con el brazo y nos mecemos de un lado a otro, de izquierda a derecha, sentados en el banco de la clase. El calor, el abrazo y el vaivén relajan mi mente, y me balanceo contra Sallo, golpeándola un poco. Sin embargo, no puedo olvidarme de lo que he visto ni de la horrible agitación que me ha provocado, y no tardo en exclamar:

—¡Pero debería decírselo! ¡Era una invasión! ¡Podrían advertir a los soldados de que estuviesen preparados!

—Y ellos preguntarían: «¿Cuándo?».

Eso me deja perplejo.

—Pues dentro de poco.

—¿Y si no ocurre durante mucho tiempo? Se enfadarían contigo por haber dado una falsa alarma. Además, si un ejército invadiese la ciudad, querrían saber cómo lo has sabido.

—¡Les diría que lo he recordado!

—No —dice Sallo—. Nunca les digas nada sobre recordar de la forma en que tú lo haces. Dirían que tienes un poder, y no les gusta que la gente tenga poderes.

—¡Pero no lo tengo! ¡Sólo a veces recuerdo cosas que van a suceder!

—Lo sé. Gavir, escúchame atentamente, no debes hablar de ello con nadie. Sólo conmigo.

Cuando Sallo dice mi nombre en voz baja, cuando me dice «Escúchame atentamente», la escucho con mucha atención. Aunque discuta.

—¿Ni siquiera con Tib?

—Ni siquiera con Tib.

Su cara redonda y bronceada y sus ojos oscuros están tranquilos y serios.

—¿Por qué?

—Porque sólo tú y yo somos del Pantano.

—¡También lo era Gammy!

—Precisamente fue Gammy la que me dijo lo que yo te estoy diciendo ahora, que los del Pantano tienen poderes y los de la ciudad tienen miedo de ellos. Así pues, no hablemos nunca de nada que nosotros podamos hacer y ellos no. Sería peligroso. Muy peligroso. Prométemelo, Gav.

Ella levanta la mano con la palma hacia arriba, y yo pongo encima mi mano sucia para pronunciar mi juramento.

—Lo prometo —digo.

Y a la vez, ella dice:

—Lo oigo.

Con la otra mano, ella agarra el pequeño Ennu-Mé que lleva colgado del cuello con una cuerda.

Me besa en la coronilla y luego me empuja tan fuerte que casi me caigo del banco. Pero no me río; estoy tan colmado de lo que he recordado, y eso era tan horrible y espantoso que quiero hablar de ello, decírselo a todo el mundo, exclamar: «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Vienen soldados, enemigos, con una bandera verde, y van a incendiar la ciudad!». Sentado, balanceo las piernas, sombrío y afligido.

—Háblame de ello otra vez —dice Sallo—. Todos los detalles que no me has contado.

Eso es lo que necesito, y vuelvo a contarle mi recuerdo de los soldados avanzando por la calle.

A veces, lo que recuerdo hace que me sienta como si tuviera un secreto, algo que me pertenece, un regalo que puedo quedarme, sacar y contemplar cuando estoy solo,

como la pluma de águila que me dio Yaven-dí. Mi primer recuerdo, ese lugar con los juncos y el agua, también me hizo sentir así. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a Sallo. No hay nada que contar; sólo el agua azul plateada y los juncos ondeando al viento, la luz del sol y una colina azul a lo lejos. Últimamente tengo un nuevo recuerdo: un hombre en una sala de techo alto y en penumbra que se da la vuelta y dice mi nombre. No se lo he contado a nadie. No necesito hacerlo.

Sin embargo, hay otro tipo de recuerdo, o visión, o lo que sea, como aquella vez que recordaba haber visto al Padre volviendo a casa desde Pagadi sobre su caballo, que andaba cojo. Sólo que eso no sucedió hasta el verano siguiente, cuando regresó de la forma en que lo había recordado, montado en su caballo cojo. En una ocasión, recordé que todas las calles de la ciudad se habían vuelto blancas. Los techos eran blancos y el cielo estaba lleno de pequeños pájaros blancos que revoloteaban y volaban en picado. Era tan asombroso que quería contárselo a todo el mundo, y así lo hice. La mayoría no me escuchó. Yo sólo tenía cuatro o cinco años. Aquel invierno nevó. Todo el mundo salió afuera para ver caer la nieve, algo que en Etra sólo ocurre quizá una vez cada cien años, por lo que los niños ni siquiera sabíamos cómo se llamaba. Gammy me preguntó:

—¿Esto es lo que tú viste? ¿Era así?

Yo le dije a ella y a todos que eso era exactamente lo que había visto, y ella, Tib y Sallo me creyeron. Entonces debió de haber sido cuando Gammy le dijo a Sallo lo que Sallo acaba de decirme, que no hablase de esa forma de cosas que recordase. En aquel entonces, Gammy estaba vieja y enferma, y murió la primavera después de la nevada.

Desde entonces sólo he tenido los recuerdos secretos. Hasta esta mañana.

A primera hora de la mañana estaba solo, barriendo la sala del exterior de la guardería, y entonces empecé a recordar. Al principio sólo recordaba que miraba hacia abajo

y veía una calle de una ciudad. Del tejado de una casa se elevaba un fuego y se oían gritos. Los gritos eran cada vez más altos, y reconocí la calle Larga, que cruza en dirección norte desde la plaza que se encuentra detrás del Santuario de los Ancestros. En el otro extremo de la calle se elevaban nubes de humo enormes y grasientas, en cuyo interior se divisaban llamas rojas. La gente pasaba corriendo ante mí y atravesaba la plaza. La mayoría de esos hombres y mujeres corrían gritando hacia la Plaza del Senado, pero los guardias de la ciudad corrían en la otra dirección con sus espadas desenvainadas. Entonces vi soldados en el otro extremo de la calle Larga bajo un estandarte verde. Portaban largas lanzas, y los que iban a caballo llevaban espadas. Los guardias se enfrentaron a los soldados y se oyeron gritos desgarrados, repiques y choques de objetos metálicos. El tropel de hombres, un nudo retorcido de armaduras, yelmos, brazos desnudos y espadas, se estrechaba cada vez más. Un caballo se separó del grupo y galopó por la calle hacia mí, sin jinete y empapado de sudor teñido de rojo; del lugar donde debía de haber tenido el ojo manaba sangre. El caballo relinchaba. Yo me aparté de él, y de pronto estaba en la sala con una escoba en la mano, recordándolo. Aún estaba aterrizado. Era tan vivido que no podía olvidarlo. Seguí viéndolo de nuevo, y cada vez veía más. Tenía que contárselo a alguien.

Así que, cuando Sallo y yo fuimos a preparar el aula y estuvimos solos, se lo dije. Ahora se lo he vuelto a contar de nuevo, y eso me ha hecho recordar otra vez, sólo que he podido verlo y contarle mejor. Sallo me ha escuchado atentamente y ha sentido escalofríos cuando he descrito el caballo.

—¿Cómo eran los yelmos que llevaban?

He contemplado el recuerdo de los hombres que luchaban en la calle.

—Negros, en su mayoría. Uno de ellos tenía un penacho negro, como la cola de un caballo.



—¿Crees que eran de Ose?

—No tenían esos largos escudos de madera como los de los prisioneros oscanos que había en el desfile. Sus armaduras eran de metal, de bronce o de hierro, y hacían ese ruido metálico cuando luchaban contra los guardias con sus espadas. Creo que eran de Morva.

—¿Quién venía de Morva, Gav? —dijo una voz agradable detrás de nosotros, y los dos saltamos como marionetas tiradas por hilos.

Era Ya ven. Absortos en mi historia, ninguno de los dos lo había oído llegar, y no teníamos idea de cuánto tiempo nos había estado escuchando. Hicimos una rápida reverencia y Sallo dijo:

—Gav me estaba contando una de sus historias, Yavendí.

—Parece buena —dijo Yaven—, aunque las tropas de Morva marcharían bajo un estandarte blanco y negro.

—¿Quién va de verde? —pregunté.

—Casicar.

Se sentó en el banco de delante y estiró sus largas piernas. Yaven Altanter Arca tenía diecisiete años, y era el hijo mayor del Padre de nuestra casa. Estaba preparándose para ser oficial del ejército de Etra, y casi siempre estaba fuera de servicio, aunque cuando estaba en casa venía a las clases igual que antes. Nos gustaba mucho tenerle allí porque, como era mayor, nos hacía sentir mayores. Además, siempre estaba de buen humor y sabía cómo convencer a Everra, nuestro maestro, para que nos leyese cuentos y poemas en lugar de estudiar gramática y hacer ejercicios de lógica.

Las niñas empezaron a llegar, y Torm, sudando, llegó corriendo con Tib y Hoby desde la cancha de pelota. Finalmente entró Everra, alto y solemne con su toga gris. Todos saludamos al maestro y nos sentamos en los bancos. Éramos once, cuatro niños de la familia y siete de la casa.

Yaven y Torm eran los hijos de la familia Arca. Astano era la hija, y Sotur era su prima.

En cuanto a los esclavos de la casa, Tib y Hoby tenían doce y trece años, respectivamente, yo tenía once, y Ris y mi hermana Sallo tenían trece. Oco y su hermano pequeño Miv eran mucho menores, y estaban aprendiendo las letras del alfabeto.

Todas las niñas serían educadas hasta que se hiciesen mayores y fuesen entregadas. Al llegar la primavera, después de que hubiesen aprendido a leer y a recitar fragmentos de poemas épicos, Tib y Hoby serían licenciados definitivamente de la escuela. Estaban impacientes por salir y aprender a trabajar. Yo estaba siendo educado para ser maestro, así que mi trabajo siempre estaría allí, en la larga aula de altas ventanas. Cuando Yaven y Torm tuviesen hijos, yo les enseñaría a ellos y a los hijos de sus esclavos.

Yaven invocó a los espíritus de sus ancestros para bendecir nuestro trabajo de ese día, Everra nos reprendió a Sallo y a mí por no haber puesto los libros de texto en su sitio, y nos pusimos a trabajar. Casi inmediatamente, Everra tuvo que llamar la atención a Tib y a Hoby por pelearse. Pusieron las palmas de las manos hacia arriba y él les dio un golpe en cada una con su regla. En Arcamand apenas se pegaba, y no se infligían torturas como de las que se oía hablar en otras casas. A Sallo y a mí nunca nos habían pegado; la vergüenza de ser reprendidos era suficiente para que nos portásemos bien, Hoby y Tib no tenían vergüenza, y al parecer tampoco miedo de ser castigados, aunque sí unas manos duras como el cuero. Hacían muecas de dolor mientras se aguantaban la sonrisa cuando Everra los golpeaba, y lo cierto es que él lo hacía sin convicción. Como ellos, Everra no veía el momento de que se marchasen de su aula. Le pidió a Astano que les escuchase mientras recitaban su fragmento diario de historia de los *Hechos de la ciudad de Etra*, mientras Oco ayudaba a su hermano menor

a escribir su alfabeto y el resto de nosotros seguíamos leyendo las *Moralidades de Trudec*.

En Arcamand solía hablarse con frecuencia de las antiguas costumbres y la tradición con absoluta aprobación. No creo que ninguno de nosotros tuviese la más mínima idea de por qué teníamos que memorizar al pesado y antiguo Trudec, y ni siquiera se nos había ocurrido preguntarlo. Así era como la casa de Arca había educado siempre a su gente. La educación significaba aprender para leer a los moralistas, los poemas épicos y los poetas a los que Everra llamaba los clásicos, además de estudiar la historia de Etra y de las ciudades estado, un poco de geometría y rudimentos de ingeniería, de matemáticas, de música y de dibujo. Así había sido siempre, y así seguía siendo.

Hoby y Tib nunca habían ido más allá de las *Fábulas de Nemec*, y Torm y Ris dependían en gran medida del resto de nosotros para comprender a Trudec. Sin embargo, Everra era un maestro excelente y nos había dado a conocer a Yaven, a Sotur, a Sallo y a mí las historias y los poemas épicos, que nos gustaban a todos, especialmente a Yaven y a mí. Cuando finalmente terminamos de discutir la importancia del autocontrol tal como se ejemplificaba en la cuadragésima primera parábola, cerré de golpe el libro de Trudec y alargué la mano para coger el ejemplar de *El asedio de Oshir* que compartía con Sallo. Habíamos empezado a leerlo el mes anterior pero yo ya me sabía de memoria todos los versos que había leído.

Nuestro maestro me vio. Sus cejas, largas y de color gris oscuro, se levantaron.

—Gavir —dijo—, por favor, escucha a Tib y a Hoby recitar, para que Astano-ío pueda leer con nosotros.

Yo sabía por qué lo hacía Everra. No era por mezquindad, sino por moralidad. Me estaba enseñando a hacer lo que no quería hacer y a no hacer lo que sí quería, porque ésa era una lección que tenía que aprender. La cuadragésimo primera.

Le di el libro a Sallo y fui al banco de al lado. Astano me dio el libro de los *Hechos de la ciudad* y me sonrió dulcemente. Tenía quince años y era alta y delgada, de piel tan blanca que sus hermanos la llamaban la «Ald», como a la gente de los desiertos, de la que se dice que tiene la piel blanca y el pelo como las ovejas, aunque «ald» también significa estúpido. Astano no era estúpida pero era tímida, y quizá había aprendido muy bien la cuadragésimo primera moralidad. Era callada, correcta, modesta e independiente; la perfecta hija de un senador. Había que conocer muy bien a Astano para saber lo afectuosa que era y las ideas inesperadas que podía tener.

Es duro para un chico de once años jugar a ser el maestro de chicos más mayores que están acostumbrados a darle órdenes y a pegarle, y que normalmente le llaman «Gamba», «Rata de pantano» o «Piquito». Además, Hoby odia que le dé órdenes. Hoby nació el mismo día que Torm, el hijo de la familia. Todo el mundo lo sabía pero nadie decía que era el hermanastro de Torm y de Yaven. Su madre había sido una esclava, y él también lo era. No recibía ningún tratamiento especial pero se molestaba si algún esclavo lo recibía. Siempre había estado celoso de mi posición en la clase. Me miraba fijamente, frunciendo el ceño, mientras yo estaba sentado en el banco entre él y Tib.

Astano había cerrado el libro, así que les pregunté:

—¿Por dónde ibais?

—He estado todo el rato aquí sentado, Piquito —dijo Hoby, y Tib soltó una risilla.

Se me hacía difícil soportar que Tib, que era mi amigo, cuando estaba con Hoby fuese amigo de Hoby y no mío.

—Sigue recitando por donde te quedaste —le dije a Hoby, intentando sonar tranquilo y firme.

—No me acuerdo de por dónde iba.

—Entonces empieza de nuevo por donde has empezado hoy.

—No me acuerdo de por dónde he empezado.

Sentí la sangre agolpándose en mi cara y zumbando en mis oídos. Imprudentemente, le pregunté:

—¿De qué te acuerdas?

—No me acuerdo de qué me acuerdo.

—Entonces empieza por el principio del libro.

—No lo recuerdo —dijo Hoby, entusiasmado por el éxito de su estratagema.

Eso me dio ventaja.

—¿No recuerdas absolutamente nada del libro? —le pregunté, alzando un poco la voz, y Everra dirigió la mirada hacia nosotros.

—Muy bien —dije—. Tib, recita la primera página para Hoby.

No se atrevía a hacerlo bajo la mirada de nuestro maestro, y empezó a farfullar el «Origen de los Hechos», que hacía meses que ambos se sabían de memoria. Le hice detenerse al final de la página y le dije a Hoby que lo repitiese. Eso le molestó mucho. Había ganado yo, y sabía que tendría que pagar por ello más tarde. Sin embargo, masculló las frases.

—Ahora sigue por donde lo habías dejado con Astanoío —le dije, y él obedeció y salmodió monótonamente el «Hecho del Reclutamiento».

—Tib —dije—, parafraséalo.

Eso es lo que siempre nos pedía Everra que hiciéramos para demostrar que habíamos entendido lo memorizado.

—Tib —dijo Hoby con un débil chillido—, padafdaséalo.

Tib soltó una risita tonta.

—Venga —le ordené.

—Venga, «padafdaséalo» —chilló débilmente Hoby.

Tib no pudo evitar soltar una risita.

Everra estaba hablando de un fragmento del poema épico. Mientras daba su charla, los ojos le brillaban y el resto de alumnos escuchaban atentamente. Yaven, por el contrario, sentado en el segundo banco, nos miraba. Tenía los

ojos clavados en Hoby y el ceño fruncido. Hoby se acobardó, bajó la mirada hacia el suelo y dio un golpe en el tobillo de Tib, que dejó de sonreír inmediatamente. Después de agitarse y titubear, dijo:

—Eh... dice, eh... significa que... eh... si la ciudad está amenazada, eh... por un ataque, eh... el Senado... ¿qué?

—Se reunirá —dije.

—Se reunirá y debilitará...

—Debatirá.

—Debatirá el reclutamiento de hombres libres y aptos físicamente. ¿«Deliberar» es lo contrario de «liberar»?

Ése era uno de los motivos por los que quería a Tib: él oía palabras, hacía preguntas y tenía una mente extraña y rápida. Sin embargo, nadie más lo valoraba, así que él tampoco lo hacía.

—No, significa debatir algo.

—Si lo padafbaseas —musitó Hoby.

Todos farfullamos y nos atascamos durante el resto de la recitación. Después, cuando ya estaba guardando *los Hechos* con gran alivio por mi parte, Hoby se acercó desde su banco, me miró fijamente y dijo entre dientes:

—Enchufado.

Ya estaba acostumbrado a que me llamasen enchufado del maestro. Era inevitable, porque era cierto. Sin embargo, el profesor no era un maestro; era un esclavo como nosotros. Esta vez era diferente. Significaba pelota, chivato, traidor, y Hoby lo había dicho con auténtico odio.

Estaba celoso y avergonzado por la intervención de Yaven poniéndose de mi parte. Todos admirábamos a Yaven y buscábamos su aprobación. Hoby parecía tan brusco e indiferente que me costaba entender cómo podía amar a Yaven tanto como yo, aunque con mucha menos habilidad para agradarle, lo cual era razón de más para sentirse humillado cuando Yaven se ponía de mi parte y en su contra. Yo sólo sabía que lo que me había llamado era despreciable e injusto, y grité:

—¡No lo soy!

—¿No eres qué, Gavr? —dijo Everta fríamente.

—Lo que ha dicho Hoby... no importa... lo siento, Maestro. Siento haber interrumpido. Pido perdón a todos.

Un frío asentimiento de cabeza.

—Entonces siéntate y cállate —dijo Everta.

Yo fui a sentarme de nuevo con mi hermana. Durante un rato no podía leer las líneas del libro que Sallo sostenía frente a nosotros. Mis oídos seguían zumbando y veía borroso. Lo que Hoby me había llamado era horrible. Nunca sería un enchufado. Yo no era un chivato y nunca sería como Rif, una criada que espiaba a las otras y cotilleaba, pensando que así caía en gracia. Sin embargo, la Madre de Arca le dijo «No me gustan los chivatos», e hizo que la vendiesen en el mercado. Rif era la única esclava adulta que nuestra casa había vendido en toda mi vida. Había confianza por ambas partes. Tenía que haberla.

Cuando terminó la clase de la mañana, Everta castigó a los que habían perturbado la clase: Tib y Hoby tendrían que aprender una página adicional de *los Hechos* y nosotros tres debíamos escribir la cuadragésima lección de las *Moralidades de Trudec*. Yo tenía que copiar treinta versos del poema épico de Garro *El asedio y la rendición de Sentas* en el cuaderno de copias en limpio y memorizarlas para el día siguiente.

No sé si Everta se dio cuenta de que, para mí, la mayoría de sus castigos eran recompensas. Quizá lo sabía. Sin embargo, en aquel entonces yo consideraba inconscientemente a mi maestro tan anciano y tan sabio que no se me ocurrió que pudiese pensar en mí en absoluto o le pudiese importar lo que yo sintiese. Y puesto que él llamaba castigo a copiar poesía, yo intentaba creer que así era. De hecho, apretaba los dientes contra la lengua mientras escribía los versos. Mi letra era desmañada e irregular. El cuaderno de copias en limpio se utilizaría en futuras clases, igual que nosotros usábamos los libros que anteriores generaciones de